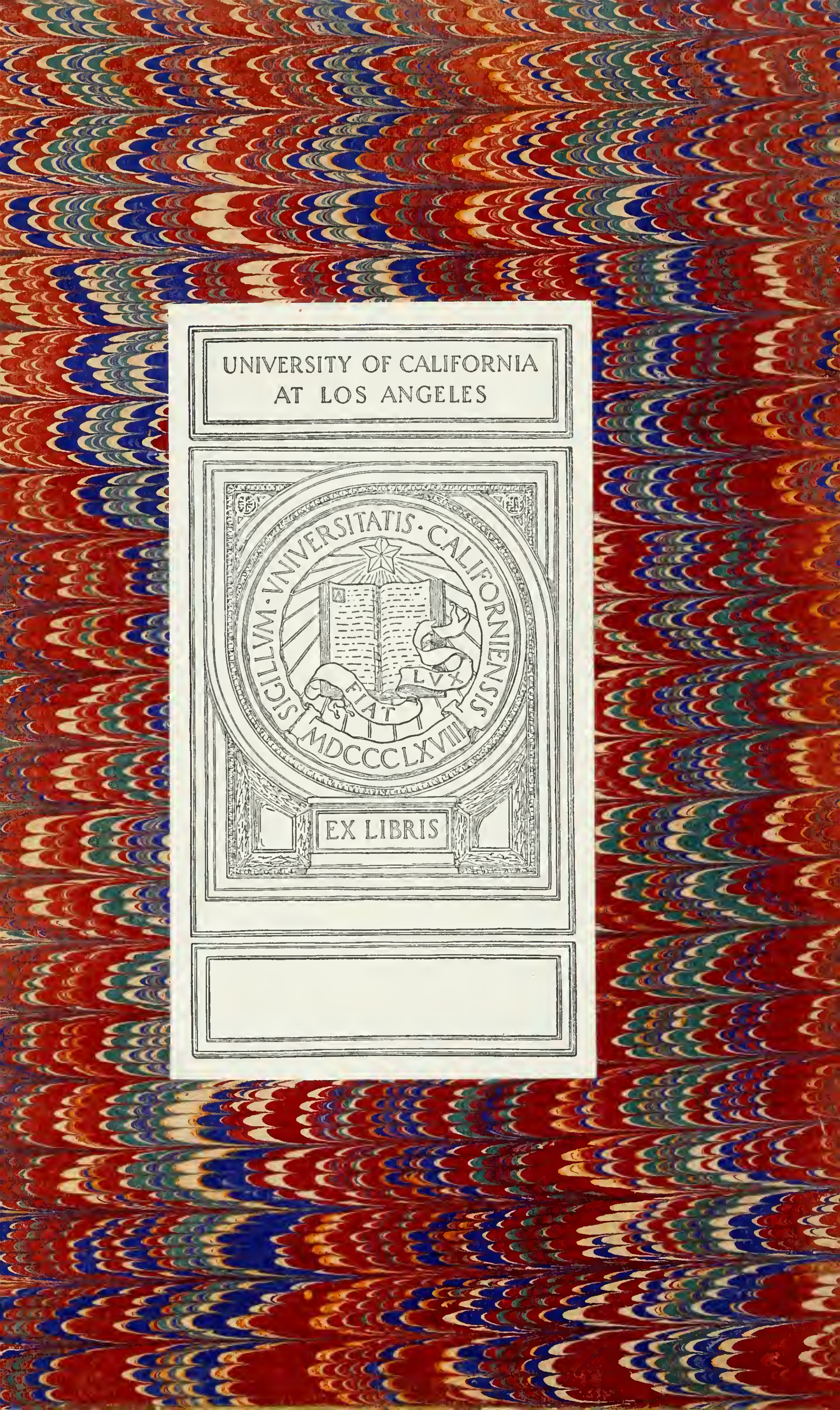


A
0 000 643 937 6
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY


UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES
SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS




LIBRERIA Y ENCUADERNACION
"MARTI"
PTE. ZAYAS
53
HABANA

José Victoriano Betancourt

ESTUDIO BIOGRÁFICO

POR

Emeterio S. Santovenia

(M. Terio.)

HABANA

—

IMP. "LA UNIVERSAL" DE RUIZ Y COMP. (S. EN C.)

OBISPO NUM. 84

1912

A la Academia de la Historia

El Autor.

Enero de 1913.

José Victoriano Betancourt

ESTUDIO BIOGRÁFICO



José Victoriano Betancourt

ESTUDIO BIOGRÁFICO

POR

Emeterio S. Santovenia

(M. Terio.)

HABANA

IMP. "LA UNIVERSAL" DE RUIZ Y COMP. (S. EN C.)

OBISPO NUM. 34

1912

ÍNDICE

PREFACIO

La aparición de este libro satisface los deseos que me animaron durante los días que empleé en componerlo. He querido honrar, en la medida de mis fuerzas, la memoria del vueltabajero José Victoriano Betancourt. No fué tan llana como pudiera creerse la tarea de buscar y conocer sus producciones. Sólo dos de éstas, hoy de difícil hallazgo, dió en forma de volumen. Sus obras de medio siglo están diseminadas en publicaciones de índole varia y de diferentes épocas. Y lastimosa es, á mayor abundamiento, la incuria por efecto de la cual se pierden aquí elementos de infinito valor para la historia de las letras. Pero no todo resulta contrario á una buena voluntad, y hecha tal declaración, me importa mencionar al erudito bibliógrafo cubano, Director de la Biblioteca Nacional, señor Figarola-Caneda, á cuyas provechosas noticias y advertencias de maestro debo no poco.

Con ternura habláronme los hijos de aquél, de su

vida en lo tocante á los puntos ajenos á su carrera literaria. La colaboración de ellos, especialmente de Don Federico y de Doña Luisa, facilitándome papeles—algunos artículos de la *Aurora de Matanzas,* la comedia *Las apariencias engañan* y las poesías compuestas en Méjico—que de otro modo me hubiera sido imposible examinar ó saber que pertenecen á él, digna es del reconocimiento de que por este medio presento nueva muestra.

Del escritor en prosa y verso, del amigo de las ciencias, del moralista, del creyente, no se encontrará referencia mejor que la que entrañan sus composiciones; y acerca del autor satírico dicen lo suficiente sus propios trabajos de pluma y el consenso general. Entre los cultivadores del género en que sobresalió, grupo en que figuran José María de Cárdenas y Rodríguez *(Jeremías de Docaransa),* Manuel Costales, José Agustín Millán, Luis Victoriano Betancourt, Juan C. Nápoles Fajardo *(El Cucalambé),* José Joaquín Hernández, Juan Francisco Valerio *(Narciso Valor y Fe),* Francisco de Paula Gelabert *(Genaro Abel)* y otros, se le ha señalado siempre como de los más meritorios.

Tal vez el lector logre apreciar en estas páginas los servicios prestados por el patriota intachable. El abogado de nota enalteció el foro de la Isla, el literato laboró en pro de la regeneración del país, y el ciu-

dadano contribuyó por espacio de treinta y más años á la fundación de la República. Una conducta diáfana y un carácter superior evidenciaron sus acciones.

Cuba, su patria, Pinar del Río, su región, y Guanajay, su pueblo, le son deudores de eterna inmensa gratitud. Bien parecerá que de ésta se ofrezca testimonio elocuente y estable, para orgullo de las generaciones pasadas y ejemplo de la actual y las venideras. A ello tiende la obra que ahora publico.

Habana, Marzo de 1912.

CAPITULO I

Nacimiento.—Traslación á la Habana.—Instrucción primaria.—Estudios superiores.

En Guanajay, lugar entonces el más rico y productor, no ya de Vuelta Abajo, sino de toda la Perla de las Antillas, habitaba en los comienzos de la segunda década de la pasada centuria, una familia modesta y generalmente apreciada. Tenía su origen en la unión matrimonial de José María Betancourt y María de los Santos Gallardo. De esos padres, allí nació José Victoriano, según la certificación bautismal que transcribo:

«Pbro. Br. Eduardo Clara, Cura Vicario Foraneo de esta Iglesia Parroquial de Têrmino de San Hilarion de la villa de Guanajay, Provincia y Diócesis de Pinar del Rio.

«Certifico que en el Libro 5 de Bautismos de Españoles al folio 31 y marcado con el número 128 se encuentra la siguiente partida: En diez y seis de Febrero de mil ochocientos trece. Yo Ldo. D. Juan Rafael de Alforín, Cura Párroco por S. M. de esta Iglesia de S. Hilarion de Guanajay, bauticé y puse los S. S. Oleos á un niño que nació el nueve del corriente, hijo legítimo de D. José María Betancourt, natural de la ciudad de la Habana, y de Dª María de los Santos Gallardo, natural y vecinos de este partido. Abuelos paternos D. Victoriano y Dª Ana Pita, maternos D. Vicente y Dª María de Jesus Ruiz, y en dicho niño ejercí las sacras ceremonias y preces y le puse por nom-

bre Victoriano José Escolástico. Fueron sus padrinos, digo fué su padrino el Dr. D. Fernando Viamonte, al que advertí el parentesco espiritual y lo firmé: Juan Rafael de Alforín.—Hay una rúbrica.

«Conforme á su original.—Guanajay, veinte y ocho de Abril de mil novecientos once.

«Br. Eduardo Clara.»

Pasó á la Habana contando de edad un lustro, para asistir desde bien luego á una escuela de instrucción primaria. Once años había cumplido al ingresar en el Colegio Seminario de San Carlos. Con el severo Domingo Pluma inició los estudios que se disponía á realizar, y continuólos con el Presbítero Antonio Morales y Don Francisco Javier de la Cruz, que explicaba la cátedra de filosofía. Cursó Derecho Patrio y Romano con José Agustín Govantes, el sabio profesor, y se graduó de Bachiller el 12 de Agosto de 1832. Creada la Audiencia Pretorial de la Habana por real decreto de Junio 16 de 1838, instalada en el palacio del Gobierno é inaugurada solemnemente el día 8 de Abril de 1839, Betancourt fué el primero que en ese alto tribunal se recibió de Abogado.

CAPITULO II

Primeras composiciones.—La «Coleccion» de Boloña.—El «Diario de la Habana.»—La «Corona Fúnebre» al Obispo Espada.—«El Pasatiempo.»—Admiración de Betancourt por el Padre Varela.

Mencionó Ramón Zambrana á José Victoriano Betancourt entre los bardos de la época más floreciente de la poesía en Cuba, época que comprende de 1830 á 1843. Pero ya con bastante antelación había éste mostrado la precocidad de su talento poético. De trece abriles, en Mayo 20 y Agosto 4 de de 1826, hacía, respectivamente, el soneto *A Isolina* y la oda *La Rosa de Almendares*, ambas composiciones incluídas por José Severino Boloña en el tomo II de la *Coleccion de poesías arreglada por un aficionado á las musas*, Habana, 1833, y la segunda reproducida en el *Parnaso Cubano*, por Antonio López Prieto, Habana, 1881.

En el *Diario de la Habana*, el papel fundado en 1810 por Tomás Agustín Cervantes, publicó versos. He hallado, verbigracia, en el número del 25 de Noviembre de 1832, y tras un *Soneto* de Juan J. Ximenez, *Otro improvisado* de Betancourt. Celébrase en ambas producciones el restablecimiento del rey Fernando VII. Y en el mismo *Diario de la Habana*, del 10 de Diciembre siguiente, he leído el soneto de *Delino* donde se elogia con simpatía y calor *Al Br. D. José Victoriano Betancourt.*

La muerte del Obispo Espada y Landa obligóle en Agosto de 1832 á pulsar el plectro; y al aceptar Bachiller y Morales y Castro Palomino el encargo, procedente de José Toribio de Arazoza, de recoger las composiciones de algún mérito relativas al infausto suceso, la de José Victoriano—aparece en las páginas 93-95 de la obrita—fué una de las elegidas para constituir la *Corona Fúnebre á la indeleble memoria del Escelentísimo é Ilustrísimo Señor Doctor Don Juan José Díaz de Espada y Landa*, impresa en 1834. No es esa elegía de Betancourt, modelo en su género, ciertamente; mas recuérdese que ninguna de las trece que optaron á los premios ofrecidos en el concurso poético abierto á la honra del santo obispo, se consideró como suficiente para obtenerlos, según el fallo pronunciado el 27 de Octubre de 1832, de Blas Osés, Manuel González del Valle, José de la Luz y Domingo del Monte, los jueces que había nombrado la Comisión Permanente de Literatura de la Real Sociedad Patriótica.

Uno de los mejores periódicos, bien que de vida efímera, editados en Matanzas por el inquieto Tiburcio Campe, *El Pasatiempo*, dirigido por Antonio C. Ferrer, insertaba en 1834 poesías de Betancourt. Aunque no alcanzó la dicha de oir en las aulas del Seminario al Padre Varela, adoraba en el egregio mentor de los cubanos. De una narración alusiva á su adolescencia es esta frase: «Sentía abrirse mi inteligencia al soplo fecundo de la filosofía de Varela.» Y lindos parecieron sus versos *A Varela*, publicados en *El Pasatiempo*.

CAPITULO III

La «Aureola Poética» á Martinez de la Rosa.—«La Aurora.» —La tertulia de Domingo del Monte.--Dedicatoria del primer tomo de la «Miscelánea de útil y agradable recreo.»

Con la *Aureola Poética al Sr. D. Francisco Martínez de la Rosa*, por las Musas del Almendares, colección de trece composiciones originales de otros tantos vates cubanos, quisieron Iturrondo y Valdés Machuca obsequiar espléndidamente al célebre humanista granadino, aprovechando la oportunidad que brindaba su exaltación al gobierno del Estado español. Encontróse Betancourt en el grupo por aquéllos formado y en el festín campestre que se celebró el 1º de Mayo de 1834 con motivo de la partida de la nave que conduciría la *Aureola Poética;* y desde la segunda estrofa del himno allí improvisado hasta los versos de él, Vélez Herrera y Castro y Aguiar á Pablo Veglia, todos, si no pulidos, son por lo menos expresión de su júbilo y su mansedumbre.

Compuesto fué en 1834 el romance *A las ninfas y genios del Almendares.* Del 3 de Octubre al 24 de Noviembre de 1835 salieron doce composiciones suyas, acompañadas solamente de sus iniciales, en *La Aurora* de Matanzas. Son *Mis esperanzas*, *La declaracion* y *La despedida* canciones dirigidas á Isolina. *A Isolina* tituló un romance y tres sonetos, ninguno de los cuales es reproducción del que, así llamado, escribió en 1826.

Tampoco es igual á la oda que insertó en la *Coleccion* de Boloña, *La Rosa de Almendares* que se lee en *La Aurora* del 12 de Octubre. Domina el romanticismo en tales producciones amorosas y en *El adios á la juventud*, *El rosal del sepulcro*, *El rosal de la playa* y *A una amiga*, soneto que termina con este verso de Martínez de la Rosa:

«No hay piedad en la tumba, ni la imploro.»

Figuró Betancourt entre los asiduos concurrentes á la tertulia de Domingo del Monte. Sábese lo que era aquella inolvidable agrupación, donde siempre recibieron consejos, estímulos y aplausos justos los cultivadores de la literatura.

En Agosto de 1837 publicó Luis Caso y Sola el primer tomo de su *Miscelánea de útil y agradable recreo*, y se complació en dedicarlo al joven José Victoriano Betancourt: «Trovador cubano: A tí, cuya lira dulce y armoniosa ha templado tantas veces las penas de mi corazon, consagro estas mis cortas tareas literarias: acógelas como un tributo de amistad y de admiracion.»

CAPITULO IV

«La Cartera Cubana.»—Primeros articulos de costumbres. —Nombradía del crítico de costumbres.—«La Siempre-viva.»—«La Flor de Mayo.»—El «Diario de la Habana.»

Muchos de los amenos trabajos que integran las secciones *Poesía*, *Variedades* y principalmente *Costumbres*, de *La Cartera Cubana*, dirigida por el Doctor Vicente Antonio de Castro y publicada de Julio de 1838 á Diciembre de 1840, pertenecen á Betancourt. Casi todos, sí, son anónimos, y de ahí que el investigador, luego de escudriñar en las páginas de *La Cartera*, sujeto esté ó no afirmar sino lo que Aurelio Mitjans significó en su *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba.*

Líbrame, empero, de parte de tal limitación, un hallazgo cuya importancia no necesito encarecer. Es que en mis manos he tenido el ejemplar del primer volúmen de *La Cartera Cubana*—lástima que respecto de los otros cuatro que completan la colección no pueda decirse lo mismo—legado á sus deudos por Betancourt. Ocupóse él en firmar al pie de cada una de las producciones suyas.

Los versos *La mision del poeta*, con los subtítulos *La vida* y *El poeta*, fueron los que primeramente dió á luz en el periódico mencionado; después, *La monja*, el soneto *Al carro* y la composición *Tu sonrisa.* Es extenso, mas no soporífero, el cuento que llamó *El frenologista romántico.*

Prosista correcto y galano muéstrase en *El enamorado.* «El enamorado, escribe, está dotado de una imaginacion volcánica; ama con toda su alma; siente hasta la desesperacion. Su corazon es una corona de rosas y abrojos; su frente, como el firmamento en las siestas del Estío, aparece mudable á cada instante: ya se le ve radiar de contento, ya oscurecida con las nubes del dolor ó encendida con el fuego de los celos.» De alabanza sirven al trabajo sus reproducciones; hojéense, por ejemplo, *El Artista* de Octubre 15 de 1848, *El Almendares*, Habana, 1852, t. II, p. 79 y 80, y *La Ilustración Cubana*, la revista fundada por Figarola-Caneda en Barcelona, de Agosto de 1885.

Buscando en José Victoriano Betancourt la génesis del crítico de costumbres, se encuentran en *La Cartera Cubana* sus artículos *Soneto-manía* y *Velar un mondongo.* Refiere en éste la nada exquisita función que, común en la Habana cuando la ciudad tenía egido y había indios en Guanabacoa, huyó luego al campo, donde en 1838 todavía era frecuentísima. La obra se resiente del excesivo naturalismo que la informa. Pero hay ahí, en el propio *Velar un mondongo*, veinte y más líneas, trazadas como programa de la prudente labor que emprendía, de sólido interés. Betancourt expuso sus intenciones de esta manera:

«Las costumbres forman, por decirlo así, la fisonomía moral de los pueblos, siendo un tipo muy exacto para servir de base á las observaciones de los que se dedican á esa tarea, útil bajo todos aspectos. Los hábitos humanos estan sujetos á infinitas modificaciones y llegan á borrarse de tal modo, que sólo dejan alguna huella imperceptible, en cuya filiacion se ejercitan las lucubraciones de algun anticuario. Util á todas luces es investigar las costumbres populares cuando el observador tiene por objeto influir en la mejora del pueblo cuya índole

caracterizan, aunque en verdad no todas pueden servir de apoyo á resultados provechosos. No es mi ánimo entrar de lleno á examinar las del país en que naci; muchas son, unas con su tipo ultramontano, otras con el indígena; unas que pueden considerarse como el apagado reflejo de las que reinaron en Europa ha siglos, otras flamantes, importadas últimamente de París. Dejo de buen grado examen tan profundo al celebérrimo Comte y á otros que, como él, pueden eternizar sus nombres con sus inmortales desvelos en pro de la sociedad humana. Muy humilde es mi pretension: pintar, aunque con tosco pincel y apagados colores, algunas costumbres, bien rústicas, bien urbanas, á veces con el deseo de indicar una reforma, á veces con el de amenizar juntamente una página de *La Cartera.*»

Logró satisfacer sus aspiraciones y ver correspondida su perseverancia con éxitos lisonjeros. Puso, al censurar las malas usanzas y flaquezas de la comunidad de sus días, verdad en las descripciones, aticismo en el estilo y asaz penetración en el conjunto; poderosas razones que le valieron el honor, que persiste incólume, de ser uno de los primeros escritores de costumbres de Cuba.

Corría aún el año de 1838. Cuatro jóvenes, Antonio Bachiller y Morales, Manuel Costales, José Victoriano Betantancourt y José Quintín Suzarte, distinguidos por sus aficiones literarias, determinaron fundar *La Siempreviva.* Suzarte, en las letras discípulo de Betancourt, encargóse de preparar lo concerniente á la publicación. Exceptuando el de José Quintín, los nombres de ellos, sus redactores, se ven en los tres tomos que formó; mas la exclusión del novelista de *El arrepentimiento tardío*, sólo toca al libro último.

Al Torreon de San Lázaro, *El cocuyo* y *La mujer*, son los títulos de poesías que Betancourt insertó en *La Siempreviva.* Inspirado en sentimientos morales, escribió, asímismo en ver-

so, *El jugador* y *El presidiario*, rematando su colaboración en aquella revista, tan estimada de los sostenedores del buen gusto, con los artículos *Seguros literarios* y *El médico pedante y las viejas curanderas.*

Editada por Ramón Zambrana y Juan M. de San Pedro en 1838 *La Flor de Mayo*, allí dió á luz su producción *La niña loca.*

En el *Diario de la Habana* del 16 de Marzo de 1838, se hallan sus cuartetos *A la sensible muerte del Sr. D. Buenaventura Betancourt.* Buenaventura Betancourt era primo de José Victoriano, quien en la composición pondera su feliz inteligencia y su afán de ayudar al desvalido y menciona al creyente y al padre bondadoso. A José Victoriano Betancourt se le vuelve á ver, andando el tiempo, en dicho *Diario.* El 8 de Febrero de 1843 publicó *Fiestas de la villa de S. Antonio Abad.* La importancia que entonces poseía el San Antonio de los Baños de hoy, se mide por estos renglones finales: «Sentí en el alma retirarme de un lugar tan digno de ser visitado y que francamente se puede decir que es la mejor poblacion de nuestros campos; pero mis ocupaciones en la ciudad me impedían hacer mi estancia más duradera.»

CAPITULO V

Betancourt practica la jurisprudencia con Anacleto Bermúdez.—Instalación en Matanzas.—Ingreso en la Sociedad Económica.—Matrimonio.—Luisa Salgado y Jerez.—Once hijos.—Alto concepto de la familia.

Lazos de próximo parentesco, afectos robustecidos en el estrecho, íntimo trato del delicioso *Fileno*, ligaron á Victoriano Betancourt con Anacleto Bermúdez. Tempranamente, movido por la generosidad que á éste animaba, concibió el propósito de practicar la jurisprudencia, así que terminase de dar validez académica á sus estudios, en el bufete del eximio espirituano. La conducta del Licenciado Bermúdez exorna los anales de la curia cubana. Prototipo de honradez y amante fervoroso de la justicia, ambas condiciones se notaron en él cuando el foro de la Grande Antilla estaba minado por los vicios.

Con Bermúdez ejercitóse José Victoriano en la ciencia del letrado, fortaleciόse el jurisconsulto y cobró el jurista cariño entrañable, hasta el punto de señalarse por su erudición, á la crítica de los códigos.

Un pleito, el llamado de la familia Spínola, provocó el establecimiento en Matanzas, en 1840, del abogado Betancourt. Aceptó, con la dirección del litigio, el consejo, que había partido de Anacleto Bermúdez, de fijarse en la ciudad de los dos ríos.

Algunos días antes de ejecutar esa resolución, la Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana acordó en la junta ordinaria del 30 de Abril de 1840, admitir para socio de número á José Victoriano Betancourt. Era en aquel bienio, el de 1838 á 1840, al igual que en el siguiente, Director de la decana y más fecunda en beneficios prodigados de las corporaciones que en Cuba han existido, Don José de la Luz y Caballero. Su firma y la de Antonio Bachiller y Morales, el Secretario, aparecen en el acta de la sesión memorable para quien jamás gustó de regatear su concurso á las empresas dignas, gallardas, nobilísimas.

En 1841 contrajo matrimonio José Victoriano Betancourt con Luisa Salgado y Jerez, dama que tanto ayudó á mitigar tiernamente las penas de él como á proporcionarle días venturosos con sus once hijos. Jubiloso declaraba en Junio de 1842: «Casta como Lucrecia, inocente como Eva y cariñosa como lo son las volcánicas hijas del Inca americano, y, por complemento, madre de una niña hermosa como es hermosa la luz de nuestro suelo tropical: con tal mujer, lector mío, se le puede dispensar al que esto escribe que se contemple feliz en este valle de lágrimas.»

La familia merece, á su juicio, sereno y acertado, solícita, principal dedicación. El parecer suyo no era otro que el de Spencer: «De todas las funciones que el adulto está llamado á desempeñar, las de padre de familia son las más difíciles.» Afortunadamente, las cumplió con creces. Hay en numerosos escritos de Betancourt una bien definida expresión de contento ennobleciendo lo relativo al hogar, en las producciones de su hijo Luis Victoriano una parte en que resplandece la probidad de los ejemplos paternales y entre sus acciones de que se guarda recuerdo inextinguible la de la excelencia de la casa que fundó.

Para comunicarle ya ánimo, ya resignación, su santa compañera, cuya vida había de prolongarse hasta el 23 de Septiembre de 1905, estuvo á su lado en los trances duros: ahora, con firmeza, meditando en las libertades públicas de Cuba; luego, sufriendo sin desmayo los azares de la emigración; y, finalmente, presenciando, conmovida y desolada, los últimos momentos del varón integérrimo.

CAPITULO VI

El «Faro Industrial de la Habana.»—Opiniones sobre el Derecho, la Moral, etc.—Articulos jocosos.

Desde poco después de su fundación, el *Faro Industrial de la Habana* ilustró sus columnas con artículos de Betancourt. Apareció *La máquina de escribir* el 7 de Enero de 1842: con estilo llano y festivo apuntó—lo que nadie había efectuado aquí—las aptitudes y funciones de un amanuense, el dactilógrafo andante al uso entonces.

Según Betancourt, ¿qué es la muerte? *La muerte*, una composición suya, lo explica: «Hay entre nosotros un salteador de vida y gustos que así troncha el débil junco como la ceiba centenaria, así el aromoso clavel como el inodoro girasol, así la oliva como el laurel; sombra que nos sigue en el lecho y en el festín tocando á cualquier hora en la conciencia dormida para ponerle amargo espanto y erizado temor. Vive de agonías y lágrimas, el temor le precede, la desolacion le sigue, y es el ministro encargado de uno de los fines de la creacion. Omnipotente y vengador, búrlase del poder de los reyes, hace pedazos la vara de la justicia, marchita la beldad y hasta la virtud se rinde á su terrible imperio.»

Ante los desafueros que manchaban la abogacía, por cuyo crédito se apresuró á velar, escribió en 1836 *El pica-pleitos*. Diólo á la estampa el 18 de Enero de 1842 en el *Faro*, y fué reproducido el 19 de Noviembre de 1848 en *El Artista*, mas

con la advertencia del tiempo en que lo había preparado y el cambio favorable de que gozaba la profesión, casi exenta ya de las indignidades del ente retratado así: «Posee lo que algunos ignorantes llaman la ciencia de los portales; éstos fueron su escuela; ahí bebió las perniciosas doctrinas que profesa, porque en ese lugar se fraguan las intrigas forenses, de las cuales depende las más veces el triunfo de principios jurídicos y de injustos litigios, sostenidos por la prueba testifical que concibió la sabiduría del legislador para garantir la verdad de un hecho dudoso, y que se convierte en objeto de criminal especulacion, que trae como consecuencia necesaria el perjurio y hace del juramento un vínculo de iniquidad.» No sólo en *El pica-pleitos*, sino también en *El examen de Don Buitre*, ofreció, al revelar su conciencia acerca del Derecho, raro ejemplo de civismo.

Dos producciones, *San Diego de Núñez*, de Cirilo Villaverde, y *Rasgo Moral*, de Betancourt, llenan el folletín del número del 6 de Abril de 1842 del *Faro*. Son del *Rasgo Moral*, obra de un carácter inflexible, superior, estas palabras: «La condescendencia es el velo con que se oculta la debilidad del espíritu al transigir con el interes. El hombre de Rousseau, con su prerrogativa de hacer y decir cuanto le place, no podrá concebir la condescendencia; el hombre de Voltaire no puede vivir sin ella: le sirve de pasaporte para entrar por las puertas de la sociedad.»

Lo que vale el saber á tiempo, es un artículo humorístico sobre la traducción de una misiva en inglés enviada desde Nueva York.

Las máscaras por fuera y *Día de Reyes*, tocan conocidos asuntos locales. En *Día de Reyes*, publicado el 6 de Enero de 1843 en dicho diario, *Escolástico Gallardo*—tal pseudónimo empleó Betancourt—se limitó á analizar el grabado que á sus lí-

neas antecede y que, un año atrás, en el mismo periódico había salido.

Que se refocilaba con ridiculizar á ciertas gentes, lo prueba *Don Crispín ó El Gran Guagüero.* Hállase esta composición en el *Faro* del 1º de Marzo de 1843, en *El Artista* del 8 de Diciembre de 1848 y en *El Mudo* de la Habana del 16 de Septiembre de 1882.

En el *Faro* del 30 de Julio de 1845, al igual que en *El Artista* del 24 de Diciembre de 1848, se lee el artículo *Flaquezas de un abogado padre.* Sobre un abogado padre escribe: «Presenta dos faces: una como sacerdote de la justicia y otra como multiplicador de la especie humana.» Irónico precedente que sentó para extenderse en consideraciones agudísimas.

Todavía en 1849 y 1850 colaboraba en el *Faro Industrial de la Habana.* El 30 de Enero de 1849 insertó su elegía *A Blanchié*, prosaicos, ramplones cuartetos leídos al exhumar los restos del pobre Francisco Javier Blanchié, y el 31 de Mayo *El pescador de noticias locales*, que se ve también en *El Liceo de la Habana* del 10 de Julio de 1859 y en *La Discusión* de la Habana del 16 de Septiembre de 1882. Refiriéndose en *El pescador* al periodista que, celoso en demasía, se olvida de su cometido de informante veraz y llega á culpables exageraciones, prorrumpió en esta exclamación: «¡Qué vida, lector de mi alma, qué vida tan aperreada la de ese malaventurado ser que en las imprentas está condenado á olfatear sucesos para arrojarlos en la vorágine insaciable llamada *Sección de noticias locales!*»

A *Maladanza (sic) de un prójimo*, Febrero 6, y *Me quiero casar*, Mayo 18, siguió el 30 de Junio de 1850 *El ciego vendedor de billetes*, de donde copio: «¡Qué poderosa es la voluntad regida por el buen juicio! ¡Cuántos imposibles dejan de serlo al aplicarles un motor soberano, que Dios en-

cerró en nuestro cerebro al arrojarnos en la senda de la vida! Así discurría yo, ayer, contemplando un hombre que se adelantaba pausadamente hacia mí, ayudado de su báculo; era un ciego, un ciego que tratado con rigor por el destino, quiso luchar con él y le venció; sí, le venció, porque estando privado de la vista, se bastaba á sí mismo, y lejos de mendigar el sustento, lo ganaba vendiendo billetes.

. . . .

«El ciego vendedor de billetes es la encarnacion de ese principio divino que santifica el trabajo y condena la ociosidad, de esa doctrina altamente económica que proclama el respeto á la propiedad y condena la caridad indiscreta, y, en fin, la revelacion de una verdad indisputable, cual es que el pauperismo que amenaza hundir en el caos la civilizacion europea, no tiene carta de ciudadanía en mi idolatrada Cuba.»

Asistíale razón para hablar de modo tan explícito, tan categórico. ¿Cuándo, en efecto, dejó de combatir la holganza con el ejemplo de su laboriosidad?

CAPITULO VII

La «Aurora de Matanzas».—Labor dignificante.—El bufete de Betancourt.—Asuntos diversos.

Periodista con Sebastián Alfredo de Morales en la *Aurora de Matanzas*, fué Betancourt de los que contribuyeron á hacer de esta publicación la más importante de Cuba en la quinta década del siglo XIX. Combatía el periódico enérgicamente el juego, pródromo de las mayores concupiscencias, y la lidia de gallos, el espectáculo semibárbaro en que, ya lo dijo Ricardo Palma, peligran la honra y la fortuna. Y comprendiendo lo inmenso del beneficio que reportaba el dignificante empeño de Morales, no quiso Betancourt ser de los últimos en auxiliar á *Lince.* La crítica de costumbres, la instrucción y otros particulares de capitalísimo interés reclamaban la atención del literato.

Un artículo valioso por sus dimensiones, por sus bellezas y por los datos biográficos que contiene, escrito para el papel del Gobierno y de la Diputación Patriótica de Matanzas, es el intitulado: *Mi bufete, mi mujer, mi hija y yo.* La primera parte apareció el 15 y lo restante el 20 de Junio de 1842.

Sencillo, como él y como todo lo suyo, era su bufete, echada la visual á lo material del mismo: «Una mesa de caoba, lustrosa cual un espejo, con sus cuatro gavetas muy cumplidas.» Mas estaba espléndidamente provisto el estante de sus libros. Al lado del *Fuero Juzgo* contemplábanse las

obras de Augusto Comte; junto al tratado *Del delito y de la pena* de Beccaria, las producciones de los economistas Say y Smith; luego de la *Ley de Enjuiciamiento* y el *Código de Comercio*, las páginas, las doctrinales páginas de Montesquieu. Lacónico al hablar de sus cosas, en pocas palabras expresaba bastante: «Mi bufete tiene moral.»

A su esposa y á su primogénita, que había de ofrecerle oportunidad para otro enjundioso artículo, *La salida del primer diente*, se refirió en términos elevados. Recordando lo dicho en *Mi bufete, mi mujer, mi hija y yo*, al repasarlo algún tiempo después, púsole esta acotación: «Por todo mi ser que me sentí conmovido.» Tal es el mejor exponente de la sinceridad de las frases que completó con la siguiente: «Yo detesto de la mentira.»

El 27 de Junio de 1842 insertó en la *Aurora* su *Don Eustaquio de visita*, que solamente sobresale por la disposición del diálogo. Resulta superior *El médico*, sereno estudio acerca de la alta misión del galeno y los embozados enemigos que á menudo dificultan sus triunfos. «El médico, dice Betancourt, es el consuelo de la humanidad. Cuando con su saber arranca al sepulcro su presa, se asemeja al Criador; esto basta para que ocupe el primer lugar en la sociedad.»

Seguía de continuo los asuntos del procomún. De modo que á través de sus observaciones, con fina psicología. acertó á indicar los merecimientos de cada cual. En su composición *Don Tonto y el descendiente de Enrique IV*, vale tanto como el anatema lanzado contra la soberbia, lo que entraña media docena de renglones: «El trabajo es á las sociedades lo que la luz del sol á la naturaleza; el trabajo que sacó al mundo del caos de la pobreza, es la fuente de todo goce y toda comodidad y de la felicidad social.» Concepción que envuelve el principio de que se olvida esa laya que él describió en *El día*

de los ingleses, párrafos en que señala algunos de los apuros á que están expuestos quienes gusten menos de laborar que de adquirir la ni extraña ni codiciable fama de malrotadores.

En *Vaya ese emplasto, señores boticarios*, ¿qué se propuso conseguir José Victoriano? Simplemente, el fin de abusos entronizados con detrimento de la salud pública. No abundan en el artículo, á veces hiperbólico, pensamientos extraordinarios; pero tan humorístico es, que Luis V. Betancourt lo aprovechó para amenizar una de las epístolas *A Ciriaco* incluídas en su libro *Artículos de costumbres y poesías*.

A la imprenta dió el 13 de Noviembre de 1842 las cuartillas, fechadas en la Habana en 1839, de *Mi barbero*. Lo que procuró entonces no sólo era lo anunciado así: «Describiré algunas escenas que, á mi entender, bastarán para caracterizar á ese ente investigador destinado á proveer de noticias á todo el género humano, y tomaré á mi cargo un original digno de que el malogrado *Fígaro* hubiera dirigido sobre él sus miradas indagadoras.» Había afirmado al comenzar la narración, que el barbero, hombre de escasos conocimientos, posee, no obstante, el don de charlar sin descanso; y he ahí cómo, penetrado de plausible comedimiento, supo apuntar gráficamente el hábito de las gentes que importunan al prójimo con relatos inútiles.

Vió la luz en la *Aurora de Matanzas* el trabajo *Vendedores de billetes*. No desdeñó la ocasión que se le presentaba censurando al vocinglero expendedor de billetes de la Real Lotería, para ridiculizar el prurito de exagerarlo todo, citar con elogio la orden del Conde de Villanueva que puso coto á inmoralidades cometidas en el comercio del malhadado efecto, y manifestar su parecer respecto de lo nocivo de esa renta pública, de extremo á extremo opuesta á uno de los fundamentos esenciales del progreso económico.

CAPITULO VIII

Las creencias de Betancourt.—Manifestaciones de diferentes épocas.—Límites prudentes.—Actos excelsos.

Betancourt no se circunscribió, en 1842, en *Un paseo por el rio Canímar*, reproducido en *Cuba y América*, á reseñar una divertida excursión de varios amigos, bardos y artistas y dos franceses naturalistas, á la desembocadura del mayor y más caudaloso de los rios que desaguan en la bahía de Matanzas. Expresó también lo suficiente para dejar advertir cuáles eran sus creencias: «Abrumado bajo la multitud de impresiones que despertaba en mi alma aquel espléndido teatro de las maravillas del Ser Supremo, callaba y con silenciosa admiracion íbalas contemplando por primera vez, sin que fuesen poderosos á turbar mi enajenacion todos los inspirados cánticos que, poseidos de entusiasmo y con enérgico acento, pronunciaban los dos poetas que nos acompañaban.»

Y aludiendo á una creación divina, escribía veintiún años más tarde:

«Juzgué indispensable volver á este magnífico y encantador palacio cristalino, donde el espíritu se siente señoreado por un sentimiento religioso y profundo y donde, por decirlo así, se sorprende á Dios creando estupendas maravillas con una gota de agua.

«¡Oh, soberano Arquitecto del Universo! aquí estoy compenetrado de tu divina esencia! Con una gota de agua has

llenado de maravillas este pequeño espacio y arrojado cien problemas á la orgullosa sabiduría de tus criaturas, que, cuando baje aquí armada de la mundana ciencia, osará explicar con sus atrevidas hipótesis lo que sólo á tí es dado comprender!

«¡Cómo juega la luz y se deshace en mil cambiantes de brillantísimo iris! ¡El Sinaí! El Sinaí encendido con los resplandores gloriosos de Jehová! ¿Por qué no encuentro aquí á Moises con las tablas de la Nueva Ley?»

De este modo pensó siempre. En sus románticas obras de novel, en las que compuso después de entrar, con mejores iniciativas, en el segundo tercio de su vida, en sus últimos versos, jamás pretendió disimular sus convicciones. Sabía él, de seguro, que Jesús dijo: «No hay nada oculto que no haya de ser manifestado, ni secreto que no haya de descubrirse.» A tal precepto se ajustaba su conducta.

Y lejos de dudar como Arne Garborg, el ilustre escandinavo que, para valerme de la frase de un biógrafo suyo, ha visto el revés de todo, Betancourt pudo exponer sus concepciones de igual suerte que Mariano Aramburo: «Dios es la idea de las ideas, la noción de las nociones, la verdad de las verdades, la ciencia de las ciencias; porque en la idea de Dios se compendian, como en síntesis infinita, todas las ideas, la noción de Dios contiene la causa de las demás nociones, la verdad de Dios es la suprema realidad en donde se concentran todas las verdades y la ciencia de Dios el conocimiento más amplio, más extenso y más fundamental que cabe dentro de la razón contingente.»

Pero el estudio de Betancourt sobre el secreto de las ideas dogmáticas tuvo límites: huyó de caer en lamentable superstición. Por lo cual y por su enemiga á lo levítico, menester es confesar que ni mucho ni poco le preocupó la ortodoxia de sus opiniones, cifradas, sí, en la práctica perenne de actos excelsos.

CAPITULO IX

Facultades de Betancourt para improvisar.—Juan de Melo.—Justas de repentistas.—Composiciones subversivas.—Trabajos revolucionarios.—Exposición de Betancourt.

Acerca de las facultades que poseía Betancourt para improvisar, ha conservado preciosas noticias Don Juan de Melo, nacido en Canarias en 1825, instalado en Matanzas ya en 1843, año á que se refieren sus informes, profesor público allí, donde tuvo discípulos tan meritísimos como José María Gálvez y Alfonso, y Juez de Primera Instancia que ha sido en Sagua la Grande y Pinar del Rio. Este cronicón viviente, *Plácido*, Francisco Iturrondo *(Delio)*, Ignacio María de Acosta, José Victoriano Betancourt y algún otro bardo, reuníanse con frecuencia en lugar apartado, generalmente en las inmediaciones de la ciudad mencionada, para formar una pequeña justa de repentistas. Devoto, cual pocos ví, de Mnemosina, Don Juan de Melo recuerda perfectamente las improvisaciones y con admirable facilidad reconstruye hoy, al cabo de sesenta y nueve años, más de uno de los ocios poéticos en que tomó parte.

¿Qué asunto inspiraba á los vates entregados á tan humildes aficiones? ¡Ay! ellos iban en pos de la soledad del campo para desahogar sin ambages ni rodeos sus sentimientos cívicos. Lo que era imposible dar á la publicidad por medio de la prensa periódica ó del libro bajo un régimen político

de extremada opresión, comunicábanselo mutua y cordialmente. De labios de Melo he escuchado, con grande estimación, sonoros versos improvisados por Betancourt en momentos en que acaso presentía el desarrollo de los magnos esfuerzos que realizó el cubano en su larga lucha por la libertad. Subversivas, en efecto, subversivas resultaban aquellas composiciones; y si á tal circunstancia unimos la muy expresiva de la fecha á que pertenece el bizarro acaecimiento, se convendrá en que éste fué propio de hombres sinceramente prendados de la emancipación de su país.

A despecho de los tremendos sucesos presenciados desde 1844, nunca amenguó el espíritu revolucionario de Betancourt, iluminado su cerebro por un elevadísimo concepto de los deberes del ciudadano para con la patria. Gracias á los designios de la suerte, pues no hubiera esquivado responsabilidades sino hasta donde lo permitía su honradez acrisolada, escapó á la sagacidad de los servidores incondicionales de la Metrópoli.

Porque no permaneció ajeno á la conspiración por efecto de la cual fueron procesados, en Marzo de 1849, Cirilo Villaverde, Miguel T. Tolón y Sebastián Alfredo de Morales, y condenados los dos primeros á la pena de muerte y el tercero á ocho años de confinamiento. Amigo íntimo de dichos conjurados, presuroso estuvo en enterarse de lo que se fraguaba y llegó á ser depositario de documentos trascendentales relativos al malogrado intento.

¿Se amilanó algo en el nuevo trance? Quizá. Mas ni este fracaso, ni el de las agitaciones promovidas por López, Agüero, Armenteros, Pintó, Estrampes y tantos y tantos mártires de la Independencia de Cuba, ni la misteriosa muerte de Anacleto Bermúdez, su insigne fautor, habían de hacerle abandonar la causa abrazada con fe y amor ilimitados.

CAPITULO X

«Al huracan de 1846.»—«Plegaria.»—«Cuba Poética.»—Elogios de Rodríguez Ferrer.—En el Instituto de Segunda Enseñanza de Pinar del Rio.

La oda elegiaca *Al huracan de 1846*, que tiene por epígrafes una profecía y una lamentación de Jeremías, no es sino, con ligeras y discretas modificaciones, la *Plegaria* que había publicado el 18 de Octubre de 1844 en el *Faro Industrial de la Habana*—más tarde la insertó en el *Aguinaldo Matanzero*—seguida de esta nota:

«Escándalo, impiedad, crimen, ¡ay! fueron
Los que impuros así te mancillaron.

«Discúlpeseme tan santo celo en gracia del noble y cristiano motivo que hizo tronar mi lira.»

En la primera edición de *Cuba Poética* nada se había incluido de Betancourt; pero al lanzar la segunda, en 1861, los directores de dicha antología, José Fornaris y Joaquín Lorenzo Luáces, tomaron aquella producción y la titulada *La mujer buena*, que apareció en 1846 en *El Prisma* de la Habana y en 1847 en el *Aguinaldo Matanzero*.

Es *Al huracan de 1846*, de lo selecto que en verso compuso Betancourt. El elegiaco no se remonta demasiado ni toca en glacial indiferencia al dolerse de la furia del meteoro y de la inundación, la angustia, el pavor, el caos en que Cuba yace. Una estrofa dará á conocer el carácter de la oda:

«Suspende ¡oh, Dios! suspende
Tan rudo estrago, que un instante solo
Que el huracan sus espantosas alas
Sacuda sobre el mundo estremecido
Lo hará pedazos mil: mira tus templos
Cual porcelana frágil destrozados;
Mira esos lagos, verdes campos fueron
Hace un instante, de esperanzas ricos:
Los hombres que afanosos los labraron
Ya su fatiga y porvenir perdieron.»

Al mencionar Miguel Rodríguez Ferrer en su obra *Naturaleza y civilizacion de la grandiosa Isla de Cuba*, t. I, p. 322, la *Memoria sobre los huracanes en la Isla de Cuba*, de Desiderio Herrera, citó del modo siguiente la composición de Betancourt: «El huracan es á veces tan nebuloso, que las nubes bajan hasta el suelo y, oprimidas por el remolino, experimentan condensacion tan rápida, que se desprenden de ellas torrentes que producen los efectos más espantosos sobre los edificios, árboles, sembrados y seres, estragos que pinta con una gran verdad cierto poeta cubano, pues las más de las veces en esta isla, más que á la violencia del huracan, se deben estos estragos á las torrenciales aguas que así describe:

«Todo lo abate en el empuje recio
De su furor indómito y bravío:
El humilde arroyuelo
Raudales lleva de espumoso río;
De las ásperas cumbres de las sierras,
Doquier llevando en sus revueltas olas
La pompa y gala de los verdes montes,
Lánzanse desatados los torrentes,

Y las palmas y ceibas seculares,
Como leves aristas,
Arrastran en sus rápidas corrientes.»

Recitada la oda por un alumno del Instituto de Segunda Enseñanza de Pinar del Río, en la velada que se celebró allí por iniciativa del profesor de literatura Don Leandro González Alcorta, tal hecho y el de haber colocado en la galería de escritores vueltabajeros que existe en el mismo centro docente, un retrato de Betancourt, constituyen los homenajes más salientes rendidos en su terruño á este hijo de Guanajay.

CAPITULO XI

«Flores del Siglo.»—Contra los poetastros.—La intemperancia de los mancebos.—Aticismo y sindéresis.

Probablemente á instancias de Rafael María de Mendive, no titubeó en colaborar en la revista *Flores del Siglo*, que editaban en la Habana en 1846 Mendive y José Gonzalo Roldán.

Contra los poetastros, mas sólo contra los poetastros, escribió Betancourt *Me estan imprimiendo*, largo artículo de una docena de páginas, el primero suyo en *Flores del Siglo*. A cualquiera se le antojaría reminiscencia de lo condensado en la penetrante sátira de Marcial: «Cuando notó Apino que se ponía pálido y abatido se dedicó, ¡oh, Cástrico! á hacer versos.»

En *Chucho Malatobo* anatematizó la intemperancia de los mancebos que, ya por debilidad, ya por torpe complacencia de sus mayores, desdicen lastimosamente del celo de éstos. Nótense algunas de las habilidades de Chucho Malatobo: «A los nueve años fuí á la escuela: tenía ocho ó diez cicatrices en la cabeza, recuerdo de otras tantas pedradas recibidas guerreando en la garita de San José; pasaba á nado de la Puntilla á Casa Blanca; estaba suscrito en el matadero para ir á pinchar las reses destinadas al consumo; era el gefe de la espedicion de mi barrio para ir á robar mangos los domingos á la quinta del Obispo y para los ataques nocturnos á las negras que ven-

dían vaca y bollos en la plaza del Cristo; y no estaba por eso atrasado en mi escuela, pues llevaba casi pasada la cartilla, hacía palotes algo derechos y me sabía desde el todo fiel cristiano hasta la virtudes teologales.»

Del segundo tomo de *Flores del Siglo* copio el título del idilio *El sunsun y la azucena*, humildísima poesía compuesta, sin vanidad ni pretensiones, en Mayo de 1839, é incluída también en el *Aguinaldo Matanzero*.

Alternan en los párrafos de *La solterona*, no de menor extensión que los de *Me estan imprimiendo*, lo serio y lo jocoso. De lo jocoso hay una muestra aquí: «La solterona es una aberracion, y como tal vamos á considerarla, guardando el respeto debido al santo hábito que viste, hábito que yo siempre beso con una devocion extremada». Y no falta sindéresis en esta afirmación: «Tres son las épocas de la mujer. A los quince, desprecia; á los veinticinco, escoge; y á los treinta, arrebata. Los cuarenta son las Termópilas del matrimonio». Dice *La solterona* que si él no participó del escepticismo de Luciano, fué, en cambio, tan burlón como el clásico de Samosata.

CAPITULO XII

El «Aguinaldo Matanzero.»—Propósitos de Betancourt y Tolón.—Composiciones de Betancourt.—«The North American Review.»

Para dar á luz el *Aguinaldo Matanzero*, volumen impreso en 1847 en la ciudad del Yumurí, José Victoriano Betancourt y Miguel Teurbe Tolón, reunieron, además de varias de ellos, composiciones en verso de José María Heredia, Manuel Garay, Ignacio M. de Acosta, José Francisco y Gonzalo J. de Aguiar y Loisel, Francisco Iturrondo, José Jacinto y Federico Milanés, Félix M. Tanco, Gabriel de la Concepción Valdés, Pío Campuzano, José Miguel Angulo y Heredia, Antonio V. Hernández y Eusebio Guiteras. Compendiado está en las líneas que siguen el noble fin que buscaban Betancourt y Tolón:

«Al concebir la idea de esta publicacion nos propusimos por principal objeto el presentar a los modestos ojos de nuestras damas un libro cuyas pájinas les ofreciesen lo bello i lo bueno de castos pensamientos, de pudorosas imájenes i de loables tendencias. Tal vez pasó por nuestra mente la esperanza de neutralizar siquiera esa gran dosis de veneno moral que poco a poco vierte en el corazon de la criolla la cotidiana i casi esclusiva lectura de tanta novela francesa como a destajo se traduce, i pasa de la prensa al tocador de nuestras mujeres, para ser devorada, que, por ventura, no leida a espacio.»

Lo que de Betancourt se encuentra en el *Aguinaldo Matanzero*, fué inspirado en el programa así expuesto. Como para el álbum de una dama trazó los versos de *La mujer buena.* En los de *La lágrima de la virjen*, nótanse candor y sencillez cuando, luego de advertir que una niña

«Una lágrima lucía
En su mejilla rosada,
Cual rocio de alborada
En rosa de Alejandría,»

aconseja, pide, exige que

«Aquella lágrima pura
No le anuncie eterno llanto,
Ni el amargo desencanto
Llegue á empañar su hermosura;
Que una mujer solo tiene
En su mísero aislamiento
Su ilusion, su pensamiento,
Fuente de gozo perenne:
I si roban su ilusion
Con engañosos amores,
Marchitan ¡ai Dios! las flores
De su casto corazon.»

De la misma manera que en *Ferrocarril* se holgó de cantar el progreso que la locomotora representa, en *La niña mendiga* alcanzó á observar cuánta ruindad hay allí donde se miran con ojo indolente las flaquezas y adversidades del prójimo. Con tan buena fortuna escribió *La niña mendiga*, que, según Calcagno y López Prieto, *The North American Reviw* de Boston la tradujo al inglés y encomió al ocuparse en 1849

de las letras cubanas. El propio Betancourt, en carta á José Socorro de León fechada en Matanzas el 4 de Agosto de 1859 y publicada en *El Regañon* del 2 de Octubre del año citado, dice de la composición: «Mereció un gran elogio del gran poeta yankee Lorg Tallow.» *(Sic..)*

CAPITULO XIII

Estreno de «Las apariencias engañan.»—La escena, los personajes, la acción y el plan.—Disposiciones de Betancourt para la producción escénica.

En Matanzas se estrenó en 1847, á beneficio de Luis Ortega, la comedia de carácter en un acto, en verso, por José Victoriano Betancourt, *Las apariencias engañan.* El opúsculo de veintinueve páginas que contiene la obra fué impreso en la Tipografía de Gobierno por S. M. y de Marina.

Un asunto baladí, pero absolutamente verosímil y asaz común, los caprichosos celos de un septuagenario recién casado con una joven de quince años, tomó el poeta para desarrollarlo en dieciseis escenas. La escena pasa en la Atenas de Cuba, en casa de Liborio.

A Tomás, viejo solterón, le sorprende la noticia del estrafalario enlace de Liborio con Inés, y viene á comunicarle su extrañeza al antiguo camarada. Defiende éste el cambio de su estado, no sin confesarle los temores que le hace abrigar el libertino Eleuterio Llalza. El diálogo ha excitado la curiosidad del espectador cuando llega Inés. Con tanta zalamería, que Tomás se confirma en su dictamen, pídele ella á Liborio que al día siguiente la lleve al teatro. Niégase él rotundamente, y surge una discusión animadísima.

Nada extraordinario ocurre hasta la escena quinta, en que Inés se queda sola y pensativa. Habla con dolor de sus infor-

tunios. Vive allí, de continuo recluída, sufriendo las intemperancias de su esposo, que lo es merced á manejos que ella ignoraba; y desespérale observar con cuánta malicia se le juzga porque procede de Canarias.

De repente penetra en la sala el hermano de Inés, Julián, cuya presencia asombra á aquélla con el doble motivo de no haberle visto desde que en su patria se separaron y de andar él tras un refugio. Si no lo encuentra, el comisario y los ministros de justicia que han salido en su perseguimiento le aprehenderán.

Cuando la anciana Nazaria, que ha narrado á Inés el suceso en que se halla envuelto Julián, abandona la sala, aparece en la misma Eleuterio. Dispuesto está á seducir á la joven; mas ella le responde con dignidad y entereza. Retornan, entretanto, Liborio y Tomás. Confundido é irascible, no acierta el primero á explicarse satisfactoriamente cómo, á despecho de la orden suya de no abrir la puerta durante su ausencia, encuentra á Inés departiendo con Eleuterio. Pretende éste, con insólita perfidia, acusarla, y declara que ha entrado á fin de impedir los desmanes de un caco que se oculta en el interior. Todo eso suscita una fuerte agitación en el grupo. Liborio amenaza terriblemente á Inés; pero desea buscar antes al vil amante para vengarse del supuesto oprobio de que ha cubierto su nombre. Al punto deja Julián su escondrijo, y luego de suplicar se le perdone, muestra su fe bautismal, que devuelve un tanto el reposo al marido de su hermana.

La llegada de Longinos, comisario de barrio, y de varios alguaciles, interrumpe el esclarecimiento de lo ocurrido. Liborio, que se ha convencido de la inocencia de Inés, ruega á Longinos dé por concluso el litigio. Longinos no sabe qué oponer á la oferta del anciano, y accede porque, al decir de él, ni su honor se empeña ni á su deber falta.

Resplandece la fidelidad de Inés, por maligno pasa Eleuterio, jura Tomás respetar siempre la virtud y proclama Liborio que se ha curado de celos, que no tornará á aburrir á su compañera con nocturnos desvelos y que á nadie guarda rencor. Las apariencias habían engañado.

Ni versificación sencilla y flexible, ni lenguaje apropiado, ni discernimiento al delinear los carácteres y disponer la acción y el plan, detalles todos de sumo, decisivo interés para el buen éxito de una comedia, se echan de menos en la de Victoriano Betancourt. Dedúcese de esta sola producción escénica, que el autor contaba con sobrados elementos para descollar entre aquellos contemporáneos suyos que honraron el verdadero teatro cubano.

CAPITULO XIV

«El Artista.»—La jocosidad.—«El Abra del Yumurí.»—«Los curros del Manglar.»—«El Yumurí.»—La «Aurora del Yumurí.»

Salió el domingo 13 de Agosto de 1848 en *El Artista* el artículo de Betancourt *Don Tragalon*, que apareció además en Septiembre 2 y 3 de 1882 en *El Mudo* de la Habana. Era el inicio de una serie de trabajos de indisputable valía.

La jocosidad que domina en ciertas composiciones suyas hace que se destaquen más aún. Ahí están, verbigracia, en *El Artista* del 17 de Septiembre de 1848, sus versos *Ilustre origen del apellido de los Aguaca-Tellones.* Ocurriósele á alguien, sabiendo que

«Era Tello un hombracho
Buen zapatero de viejo,»

llamarle Tellón. Por la apariencia estúpida y la escasez de energía que demostraba, José, el hijo de Tellón, mereció el apodo de Aguaca. Para patentizar su ignorancia, acostumbróse el joven á firmar así: José Aguaca-Tellon. Luego sucedió, según Betancourt, lo que, con una aguda aseveración, va á leerse:

«Sus descendientes varones
Con una vanidad loca
Dicen con toda la boca:
Somos Aguaca-Tellones.

Esto prueba en mi opinion
La vanagloria mundana:
Yo he conocido en la Habana
Mas de un Aguaca-Tellon.»

En *El Abra del Yumurí* sobresalen rasgos como éste: «¡Cuán pintoresca es el Abra! Situado el observador en la orilla del mansísimo Yumurí, á veinte pasos del baño que llaman de la Marquesa, quédale á su derecha la montaña nombrada la Cumbre, en la cual se ven pórticos de gótica arquitectura, grupos de columnas, bellísimas y fantásticas concavidades, que la imaginacion de un poeta puede poblar á su sabor de séres misteriosos y de brillantes idealidades.» Y frecuentaba José Victoriano Betancourt aquel sitio para percibir, pues tan sorprendente resulta allí el eco, la repetición de sus propios versos.

Severamente combatió el agiotaje en *El usurero.* Diríase que son de un economista las últimas frases de la sátira.

Los curros del Manglar.—El triple velorio, seguido de las décimas *El negro José del Rosario* y reproducido en *El Liceo de la Habana* del 1º de Junio de 1860 y en *La Discusión* del 19 de Agosto de 1882, se publicó el 31 de Diciembre de 1848. Quiénes eran los negros curros, los curros del Manglar, lo ha declarado, resumiendo juicios de procedencia diversa, Fernando Ortiz, el docto Catedrático de la Universidad Nacional: eran los majos, los matones de la mala vida afro-cubana de los siglos XVII y XVIII y los comienzos del XIX; lacería, hoy extinguida, de nuestra imperfecta organización social. En la conferencia pronunciada el 13 de Febrero de 1911 en el Ateneo y Círculo de la Habana por el pensador de *La Reconquista de América*, sirvióse éste, que se había referido á la misma obra de Betancourt en la página 99 de *Los negros brujos*, de párrafos del artículo y de

versos de los puestos en boca de José del Rosario. El prosador trató hábilmente de las relajadas costumbres de la clase célebre en las efemérides del barrio de Jesús María, y el vate imitó con fidelidad el habla de los negros curros. Bien advertía el mérito de su contribución á la tarea de destruir tan funesta realidad cuando decía: «Tocando estos inconvenientes, y conociendo el resbaladizo terreno sobre que tengo que hacer mis escursiones, he resuelto escribir este artículo, con la más sana intencion, sábelo Dios, y, si he de hablar verdad, con el inocente fin de emplear útilmente el tiempo.

«Las sociedades humanas tienen un carácter general, que sirve sólo para clasificarlas, y colocarlas en el gran cuadro del mundo conocido: bajo este aspecto están sometidas á la jurisdiccion de los filósofos naturalistas; pero como encierran además en sí, ó mejor dicho, se componen de muchas clases, cada una de éstas tiene sus costumbres propias, que forman sus caracteres peculiares, los cuales, reunidos, vienen á constituir la verdadera fisonomía de la sociedad en general.

«Desde el verdugo hasta el sumo imperante, van las clases ocupando en orden progresivo los distintos grados de la gran escala, y cada fraccion de éste todo presenta diversa faz, bajo la cual debe ser estudiada.»

En la colección del periódico del Liceo Artístico y Literario de la Habana, no se lee trabajo alguno de Betancourt después de *El juego de mates*, que, publicado en la *Aurora de Matanzas*, y el 27 de Octubre de 1842 en el *Faro Industrial*, tornó á insertarlo el 25 de Febrero de 1849 en *El Artista*. Un septenio más adelante copiaba esa composición, para darla el 25 de Julio de 1856 en *El Yumurí*. A *El Yumurí* y á su continuador, *Aurora del Yumurí*, dedicó, sin embargo de que por aquella época el bufete le absorbía sus horas mejores, energías é iniciativas justificadamente aplaudidas.

CAPITULO XV

«Los cubanos pintados por si mismos.»—«Tipos y costumbres de la Isla de Cuba.»—Articulos festivos y satíricos.

Conociéndose entonces perfectamente la singular maestría con que ahondaba en las costumbres populares, natural parece que al publicarse el libro *Los cubanos pintados por sí mismos*, Habana, 1852, no se prescindiera de Betancourt. Después de *La solterona*, reproducida de *Flores del Siglo*, se leen en ese tomo sus artículos *La vieja curandera*, *El escritor novel* y *La vecina pobre*.

Feliz es á veces la presentación que hace de un tipo especial. En *La vieja curandera* corta las lamentaciones del doliente Ciriaco, para decir: «A esta sazon anunciaron la visita del licenciado Saguijuela; era el tal un mocito barbiponiente, espejuelado, vestido con la mayor elegancia, y que empuñaba una caña de exquisito carey, símbolo de la facultad que profesaba.»

La experiencia le dictó *El escritor novel*, lección utilizable para solaz y enseñanza. Véase qué determinación adoptó al cabo de mil contrariedades y crísis el escritor novel á que Betancourt se refiere: «Colgó su lira en un rincon de su aposento y no volvió á pulsarla sino cuando, ilustrado con el estudio y ya con más razonado ingenio, pudo dejarse arrebatar

por la inspiracion y hablar el lenguaje de los Dioses, conquistándose un nombre.» Contiene *El escritor novel* párrafos enteros del ya citado artículo *Me estan imprimiendo.*

Al contar en *La vecina pobre* los males que de la incuria y de la ignorancia dimanan, recordó la amarga duda en que á menudo le ponía la multitud de originales que copiar y ofrecer al lector. Pero lo cierto es que de contínuo eligió con suerte favorable y expuso con gracia y oportunidad.

Tan atinado estuvo satirizando al entrometido incorregible en su artículo, compuesto en 1852, *El hombre cazuelero*, que mereció ser reproducido en Enero de 1881 en la colección *Tipos y costumbres de la Isla de Cuba por los mejores autores de este género*, obra editada por Miguel de Villa, artísticamente ilustrada por Víctor Patricio de Landaluze, el notable caricaturista, y prologada por Antonio Bachiller y Morales.

Destácase en el mismo libro otro trabajo de Betancourt, *Doña Gorgojita*, intencionado y lleno de rectas consideraciones sobre la falsedad en el trato social. A guisa de introducción, escribe:

«La veracidad es la virtud que mueve el ánimo á conformar las palabras con el corazon; y por eso al que dice lo contrario de lo que piensa, le llamamos falso, y al hábito de explicarse de ese modo, falsedad.

«Es tan comun y general este vicio en el mundo, que muchas personas, convencidas de tan triste verdad, tórnanse desconfiadas y sufren un martirio cruel en no poder abandonarse á la agradable idea de creerse estimadas, resultando de aquí que los vínculos sociales se aflojan y que aquellas relaciones necesarias entre personas de una misma familia, vecindad y pueblo, no tienen la eficacia social suficiente para producir el bien, reduciéndose el trato civil á una farsa, en que todo es ilusion y exterioridad.»

El pensamiento elevado que informa estas líneas concuerda con el invariable comportamiento de José V. Betancourt. Intensa era, además, su severidad al rechazar los harto socorridos halagos del hipócrita.

CAPITULO XVI

La «Revista de la Habana.»—Elegía á José Gonzalo Roldán.—Otros versos.

Dedicadas á la memoria de José Gonzalo Roldán, insertáronse á raíz de su muerte en la *Revista de la Habana*, 1856, t, V, p. 45–53, doce composiciones: en prosa las de Rafael María de Mendive, José de Jesús Quintiliano García, Manuel Costales, Rafael Matamoros, José María de Cárdenas y Rodríguez (*Jeremías de Docaransa*), Joaquín García Lebredo, Pedro José Morillas y José Quintín Suzarte, y en verso las de Ramón Vélez Herrera, Javier Angulo y Guridi, Ramón Zambrana y José Victoriano Betancourt.

No obstante haber escrito Betancourt numerosas poesías del género de la relativa al infortunado Roldán, en pocas estuvo acertado. Aun cuando no puede tenerse por una obra acabada, ni mucho menos, es, sin embargo y de modo indudable, superior á las elegías que consagró á Buenaventura Betancourt y á Francisco Javier Blanchié, la publicada en la *Revista de la Habana*. Léase, pues:

«Aguila audaz, que la divina lumbre
Bebiste al Sol, y remontando el vuelo
Rasgar quisiste el tenebroso velo
Que nos encubre á Dios.

Canoro ruiseñor del Almendares
¡ Ay ! en los campos de la patria mía
Ya no rueda la mágica armonía
De tu dulce laud.
Ya tras tu noble y espaciosa frente
El volcánico númen no se agita,
Ya dentro de tu pecho no palpita
Tu recto corazon.
Diste tu adios postrer al patrio rio
Cuya linfa diáfana y sonora
De tu elegante lira encantadora
Murmura el dulce son.
¡ Adios Poeta ! de tu claro nombre
Quédale á Cuba perenal memoria ;
En las páginas aureas de su historia
El Mundo la hallará.»

Asimismo en el citado periódico (t. V, p. 212) aparecen sus versos *A la Señorita Doña Concepcion G. . . de R.* Los dos primeros cuartetos no resultan de los más flojos :

«Oculta yace en tropical floresta
Y envuelta en suave nube de azahares,
Entre las verdes cañas y palmares,
Linda y modesta una ignorada flor.
Mecida por las auras de la noche
Que la enamoran con susurro vago,
La flor se dobla al misterioso halago
De aquellas notas de sencillo amor.»

Por el fondo, profundamente moral, aseméjase esta

composición á *La mujer buena* y á *La lágrima de la virjen*, ya mencionadas. Verdad es que Betancourt siempre abrigó intenciones de educador desinteresado y aspiró á proceder con alteza de miras.

CAPITULO XVII

«El Liceo de la Habana.»—«Las tortillas de San Rafael.»—Observaciones.—«Artículo biográfico.»

Cuando, el 30 de Julio de 1858, *El Liceo de la Habana*, el periódico oficial del instituto de su nombre, presidido éste á la sazón por el Conde de Santovenia, anunció las reformas de que iba á disfrutar, hizo mención de los socios que con tan fausto motivo ofrecían su cooperación. José V. Betancourt y Silvestre Caballero fueron, en consecuencia, nombrados corresponsales en Matanzas.

En la *Seccion de Variedades* de *El Liceo*, dió Betancourt el 22 de Octubre de 1858 *Las tortillas de San Rafael.* Por la galanura del estilo, por la sólida instrucción demostrada en distintos pasajes y por la materia alrededor de la cual gira la narración, entraña ésta un valor extraordinario. Refiérese á una de las más arraigadas costumbres de la comunidad habanera de otros tiempos, y, transportándose el autor á Octubre de 1828, habla de las extravagancias y los azares abominables que por espacio de una semana comunicaban vigor á aquellas ferias degeneradas. Expuestos los tradicionales excesos que predominaban en la fiesta de San Rafael, observa las transformaciones ocurridas en tres décadas. «Así, escribe finalmente, la civilizacion lenta, pero segura, va modificando las costumbres populares y poniéndolas en armonía con la moral y la razon; todos los accesorios grotescos y nocivos desapa-

recen, el fondo queda y aparece más bello, aunque los contornos no sean tan pronunciados y luminosos.» Varios habíanse ocupado de las tortillas de San Rafael. Ya el 9 de Noviembre de 1832 publicaba el *Diario de la Habana* un artículo bajo el rubro expresado; pero ni ese, pobrísimo de gracejo, ni el que, medianamente dispuesto, se lee en la colección de *La Cartera Cubana*, son comparables al de Betancourt. Trabajando su hijo Luis Victoriano en *La Discusión*, de Adolfo Márquez Sterling, llevó la citada obra, como el 13 de Mayo de 1882 *Tipos, tutores, curadores, albaceas y padratros*, y antes y después otras del mismo autor, al folletín del papel mencionado. No es menos significativo que la hayan reproducido también *La Ilustración Cubana*, Mayo de 1885, y, entre unos versos de Nicolás Heredia y una epístola de Rubén Darío, *El Fígaro* de la Habana.

Aseveró en un párrafo de su artículo *Del fondo de la pipa*, relativo al uso de locuciones como la que tomó para componer el trabajo: «Esas frases plebeyas son hoy esmaltes de los idiomas modernos, porque pintan de un modo, por decirlo así, dramático, ya las fases de la vida pública, ya de la privada; á veces sentenciosas, son elevadas á proverbios; otras, nacidas al calor del chiste, recuerdan algo halagador al corazon ó á la inteligencia; siempre generalizadoras, se prestan maravillosamente á indefinida aplicacion, revelando así su origen popular. ¡Oh! no hay duda, la palabra es el hombre; su síntesis figurativa, que le pone en evidencia á los ojos del filósofo.» La producción fué ideada felizmente en días en que, creyendo inminente su fin, se preguntaba á sí propio: «¿Quién osará esperar otra primavera?»

La carta á su amado Teótimo, fechada el 5 de Octubre de 1858 y publicada el 4 de Marzo de 1859, contiene pormenores interesantísimos sobre Matanzas. De igual índole es el

artículo, que vió la luz el 15 de Julio de 1860, *La Plaza del Mercado.—Matanzas.*

En *El tejero*, *El testigo falso* y *Don Angustias ó el marido saqueado*, presentó tipos que, cual poseído de peligrosas utopías, cual instrumento de punibles procedimientos, cual víctima de aberraciones nada extrañas, constituyen una serie de calamidades. Una calamidad es asimismo la costumbre, subsistente aún, que censuró en *La suscricion*. *El testigo falso*, *Don Angustias* y *La suscricion* son artículos copiados de la *Aurora de Matanzas* para *El Liceo de la Habana.* La sección literaria del número del 23 de Marzo de 1860, aparece ocupada con la *Transformacion de un lugar en la Habana* de M. Costales y los párrafos de Betancourt á que pertenecen estas palabras: «Todo se espera del patriotismo de los nuevos Ayuntamientos; pero si inmensa es su esfera de accion en cuanto se liga con los intereses materiales, inmensa es tambien la honra que le cabe, si lleva á buen término sus fuerzas.»

El maestro Antonio.—Artículo biográfico, producción chistosísima, comienza: «El maestro Antonio, cuando anduvo por el mundo, fué un hombre de carne y hueso en cuanto á animal, criollo de Maracaibo en cuanto á ente social, carpintero de volantes como entidad civil, de raza africana, padre de familia sin amor paternal y esposo sin cargas. Nació á mediados del siglo pasado en la ciudad de Maracaibo y murió en 1818 en la Habana. Nadie lloró su muerte, y se ignora el lugar donde yace en reposo, al que fué muy aficionado durante su vida: *Sic transit gloria mundi.*» Unense á la admirable concisión de lo transcripto, los donaires del impenitente decidor.

CAPITULO XVIII

De Matanzas á la Habana.—En el bufete de Valdés Fauli.—Veladas artísticas y literarias.

Veinte años vivió José Victoriano Betancourt en Matanzas. Dejaba allí, al pasar definitivamente á la Habana en Enero de 1860, muchos entusiastas devotos de sus virtudes.

A la Habana vino para compartir con José Valdés Fauli las tareas del renombrado bufete de este colega suyo. Abogado pulcro, conceptuoso orador forense, sucesor, á fines de 1861, de Antonio Zambrana y Valdés en el rectorado de la Universidad, Director de la Sociedad Económica de Amigos del País, era Fauli uno de los jurisconsultos más afamados y respetables de la época. Queríanse Valdés Fauli y Betancourt desde la niñez. Juntos habían estudiado en el Colegio Seminario de San Carlos. Y el aprecio recíproco creado en los felices tiempos de la juventud, mantúvose inalterado. Después, por espacio de una década, confundidos en la brega diaria, á una misma altura la rectitud de intenciones de ambos, idénticos sus pareceres con relación al porvenir político de Cuba, se consideraron fuertemente ligados. Lo estarían, en efecto, hasta que la Revolución de Yara los lanzase á la emigración.

La vuelta de Betancourt á la capital de la Isla fué el principio de veladas inolvidables. Organizólas él, Mecenas dignísimo, con el ilustrado y eficaz concurso de poetas y pro-

sadores amigos. Duraron aquéllas aproximadamente nueve años; no pasaron de ese término sus días de sosiego en la Habana. Noche tras noche concurrían á su casa escritores como Mendive, Zenea, Luáces, Fornaris, Luisa y Julia Pérez, Andrés Díaz, Zambrana y Vázquez, Merchán, A. Clemente Vázquez y Alfredo Torroella. De arte y de literatura tratábase con gusto refinado. Música, recitaciones, lectura de trabajos preciosos: he ahí el alimento espiritual de los agrupados en torno de José Victoriano Betancourt.

CAPITULO XIX

Ciencias naturales.—La biblioteca de Betancourt.—Poey y Reynoso.—Descripcion de la Cueva de Bella Mar, en Matanzas.»

Sin que la importancia que los establecimientos de enseñanza superior de sus tiempos juveniles concedían en Cuba al estudio de las ciencias naturales, hubiera bastado á iniciarle en el mismo formalmente, José Victoriano Betancourt poseyó la fuerza de voluntad necesaria para consagrar á aquella manifestación del humano saber grandísima parte de sus vigilias.

De ello era exponente, en primer lugar, su biblioteca, enriquecida con notable acierto y que había de figurar entre las pocas no confiscadas al aparecer sus propietarios, según observa el biógrafo José Ignacio Rodríguez, complicados, ó sospechosos de estarlo, en el movimiento insurreccional de 1868. Triste privilegio, pues, al fin, descuidos y peripecias se encargarían de destruir en la Habana, ausente para siempre Betancourt, el preciado tesoro.

Las relaciones que mantuvo con Felipe Poey y Alvaro Reynoso le permitieron ensanchar sus conocimientos en no diminutas proporciones. Y cada vez que la suerte le fué propicia, se refociló enviando al eminente autor de la *Ictiología Cubana* ejemplares de especies hasta entonces desconocidas.

Pero algo escribió que por sí sólo demuestra la competencia suya en los estudios de la naturaleza: *Descripcion de*

la Cueva de Bella Mar, en Matanzas, opúsculo de veintiocho páginas, que salió en 1863 de la imprenta *El Progreso*, de la Habana. El folleto es una reimpresión, pues el trabajo, con el título de *La Cueva Maravillosa en Bella Mar*, se había publicado antes en *Cuba Literaria*, Habana, 1862, t. I (Segunda época), p. 193-218. Narra en esta obra la segunda visita que hizo él á la portentosa creación por Reynoso calificada de maravilla de las maravillas, reseña su descubrimiento y transcribe las notas que tomó, auxiliado principalmente del infatigable viajero Domingo Ruíz y del eximio educador Antonio Guiteras.

Quizá la Cueva de Bellamar permanecería ignorada aún, á no habérsele ocurrido á Ramón Pargas, fabricante de cal, que allí se ocultaba una mina. «Y no se engañó por cierto, agrega Betancourt, que una y muy rica y de facilísima explotacion fué la que halló, gracias á su constancia, que extraordinaria ha sido la que ha desplegado para llegar á ser poseedor de lo que puede llamarse la novena Maravilla del Mundo.»

Aficionado á la geología y la mineralogía, explayóse ante la prodigiosa variedad y las cuasi-fantásticas bellezas que encierran aquellas galerías. Examinó todas las abiertas al público, y no logró substraerse al deseo de ver el espléndido lago de sesenta varas de longitud donde forzosamente finalizó la exploración.

Tanta amenidad como erudición hay en el valioso trabajo de José V. Betancourt. Eso es lo que le dió en la fecha de su publicación, cuando ya se gustaba otro del cultísimo Emilio Blanchet y Bitton, el interés que todavía conserva. Siempre que se trate extensamente de la Cueva de Bellamar, el folleto editado en 1863 se recorrerá con placer y aprovechamiento.

CAPITULO XX

«Ofrenda al Bazar de la Real Casa de Beneficencia.»—El «Aguinaldo Habanero.»—Fábulas.—El progreso.

Cuadra al objeto de divulgar verdades y máximas útiles el estilo modestísimo de la fábula mixta *Los guajiros y el locomotor*. Escribióla en 1864 para la *Ofrenda al Bazar de la Real Casa de Beneficencia*, volumen en que se encuentran composiciones de literatos de la reputación de Enrique Piñeyro, Luáces, Isaac Carrillo y O'Farríll, Juan Clemente Zenea y otros.

Más feliz que en *La hortensia y la violeta*, fábula concebida diecisiete años antes, y como en *La rosa y la pasionaria*, publicada en Agosto en 1856, *El lirio y la estrella*, el apólogo—que produjo en Diciembre de 1859—*El espejo*, *el daguerreotipo y la ola* y *La jícara y la copa de oro*, reproducida en *La Ilustración Cubana* de Septiembre de 1885, en *Los guajiros y el locomotor* Betancourt satisfizo cumplidamente su propósito. Cuenta de qué modo discurrían en Paso del Medio, lugarejo situado entre Matanzas y Seiba Mocha, cuatro carreteros, cita el acuerdo que adoptaron de obstruir la vía férrea, causa, según éllos, de su inmediata ruina, los medios de que se valieron y las esperanzas que abrigaban, y describe la marcha, al cabo triunfal, de la rauda máquina. De donde la moraleja dirigida á los imbéciles que con terca obstinación pretenden oponerse al progreso humano. En *Los guajiros y el locomotor* mostróse tal como

era: el varón de amplio criterio, dichosamente libre de añejas preocupaciones, que había afirmado: «El hombre, sea cual fuere su génesis, su posicion social, su inteligencia, no es más que una molécula de esa inmensa síntesis que se llama Humanidad, de esta Humanidad cuyo destino, en la incomensurable extension del tiempo, va realizándose bajo la ley providencial é indefinida del progreso.»

Con otra fábula, *D. Bartolo, el cao y la guayaba*, que se insertó también en *La Ilustración Cubana* del 30 de Noviembre de 1887, colaboró, en 1865, en el *Aguinaldo Habanero*, la última obra que dió á la estampa su compañero Manuel Costales, ante cuyo cadáver leyó José Victoriano un sentidísimo soneto. Bartolo, nuevo Vitelio, guardó una guayaba del Perú, que cierto maligno cao hurtó. Creyó aquél que el pecador era su criado, y se apresuró á tomar venganza. Llegó en esto el cao, confesó su culpa y al glotón advirtió que sin pruebas azotaba al pobre esclavo. El ejemplo inferido es, evidentemente, aplicable á los amos injustos y á los jueces irreflexivos.

CAPITULO XXI

La Revolución de Yara.—Luis Victoriano y Federico Betancourt.—Rafael Morales.—Antonio Zambrana.

El amor á la independencia de Cuba, la firme esperanza de ver colmadas las legítimas aspiraciones de los patriotas y el anhelo de llegar á ese término, aun á trueque de supremos sacrificios, habíanse manifestado en José Victoriano Betancourt mucho antes de estallar la Revolución de Yara. Así lo declaraban sus improvisaciones de 1843 y su riesgosa participación en los sucesos infaustos desarrollados durante uno de los períodos más tremendos en la historia del coloniaje: el período que abarca desde los comienzos del mando de O'Donnell hasta las postrimerías del segundo de Concha, desde el fusilamiento de *Plácido* hasta la ejecución de Estrampes. Vinieron luego Serrano, Dulce, el Partido Reformista, la Junta de Información y las conferencias y el fracaso de la misma; pero Betancourt, entretanto, no permaneció en la inercia, ni sus predicaciones resultaron infructuosas.

Relacionado con aquellos que se distinguían por sus ideas liberales, compuesta su tertulia de elementos que alimentaban tendencias de igual linaje, figura conspícua en las logias fracmasónicas, donde comunmente encontraron albergue las ansias de libertad de los cubanos, no vaciló al acercarse el instante de prueba. Y en la escuela del civismo tenía él excelentes discípulos. Eranlo, con predilección, sus hijos Luis Victo-

riano y Federico y el inseparable amigo de éstos Rafael Morales y González, natural de San Juan y Martínez. A toda hora les dirigió sanos consejos, y los dispuso, inculcándoles tiernas reflexiones, á perseverar en la defensa de sus opiniones políticas. Si alguna vez les pidió que se abstuvieran de ello, hízolo á favor de la tranquilidad de su familia; merced á lo cual, al conminarle el comisario de policía José Bernardo de Quirós, hubo de suplicarles no excitasen el enojo del Gobierno con su propaganda, en rigor circunscripta, en la fecha de la amonestación, á fomentar la cultura popular.

La presteza con que Luis Victoriano y Federico Betancourt, acompañados, entre otros, de su cuñado el elocuentísimo Antonio Zambrana y Vázquez, acudieron á engrosar la insurrección, demostró claramente el poder de los estímulos que recibieron de José Victoriano. Al partir ellos el 12 de Diciembre de 1868, en el vapor *Morro Castle*, para Nassau, verificaron el acto dentro del mayor sigilo. La grave nueva le sería comunicada por Rafael M. Marchán, el esclarecido publicista, quien, suspenso, acobardado en presencia de Victoriano Betancourt, pues ardua fué la misión á él confiada, apenas si pudo articular palabra. De situación tan embarazosa sacóle el eximio patriota con frases rebosantes de apacibilidad y grandeza de alma:—«Ya lo sé, amigo mío. Mis hijos se han ido á la Revolución. Yo les había enseñado el camino. No han hecho más que cumplir con su deber. ¡Dios los bendiga!»

En Nassau firmaron el 14 de Diciembre el manifiesto, redactado por Zambrana, en que una legión de animosos jóvenes explicaba su conducta levantada. Días después, el 27 del mes citado, la goleta *Galvanic* los dejaba cerca del puerto de la Guanaja, en el Camagüey. Ya en el seno de las huestes libertadoras, los hermanos Betancourt, como asimismo Rafael Morales, cuyas virtudes catonianas tanto se asemejaban á las

de su protector, desempeñaron cuanto de hermoso y trascendental se les encomendó con celo y pericia bastantes á patentizar el sumo interés que en la formación de sus genios había puesto José Victoriano. Recayó en Luis Victoriano la elección de presidente de la primera Corte Marcial, severo tribunal creado para cuidar del prestigio y la integridad de los cargos de la República. Le asesoraron Rafael Morales y Ramón Pérez Trujillo, secretario y vocal, respectivamente, de la Corte. Los trabajos de ésta cesaron al poco tiempo, y sus miembros ingresaron como diputados por Occidente en la Cámara de Representantes. Federico Betancourt ocupó el empleo de vocal de la Corte Marcial presidida por el patriota matancero Pedro Díaz Torres. Fué también representante á la Cámara por Occidente, Canciller ó Guarda Sellos de la República y secretario particular de Cisneros Betancourt, el sucesor de Carlos Manuel de Céspedes en la jefatura del Ejecutivo. Lo elevado de tales funciones, dignas de la probidad de los que las ejercieron exacta y lealmente, proclamaba á la faz del pueblo, del pueblo genuino de Cuba, los indiscutibles merecimientos de los hijos de José Victoriano Betancourt.

CAPITULO XXII

Emigración de Betancourt á Mèjico.—Los cubanos en Méjico.—Betancourt de Juez de Primera Instancia en Tuxpan y Casamaluapa.

Por más de un año prolongó Betancourt su residencia en la Habana luego de comenzar la tormenta política de la insurrección. Realmente, su posición, como la de todos los que auxiliaban, de manera directa ó indirecta, el movimiento armado, iba siendo insostenible. El asalto del Teatro de Villanueva, el ataque al café *El Louvre*, el saqueo de la casa de Miguel de Aldama y tantos otros desmanes oprobiosos, llenábanle, además, de aflicción y zozobra profundas.

Así las cosas, decidióse en Febrero de 1870 á abandonar la Isla. Marchó hacia Méjico, para fijarse en Mérida de Yucatán hasta el siguiente año, en que pasó á la ciudad de Veracruz.

La hospitalidad que Méjico dispensó á los cubanos emigrados durante la guerra de 1868 á 1878, no desdijo del afectuoso aprecio con que había la república vecina acogido á José María Heredia, Ramón Francisco Valdés, Pedro Santacilia y Juan Clemente Zenea. Allí explicó una cátedra del Instituto de Veracruz, colaboró en los periódicos *El Progreso* y *El Criterio Independiente* y publicó *El Jesuíta*, José Miguel Macías; José Quintín Suzarte fundó, ayudado por sus hijos Gustavo y Florencio, *El Mensajero*, de Mérida, dirigió en Yucatán *El Cu-*

ba, en Veracruz *El Pueblo* y *El Criterio Independiente* y escribió en *El Federalista* y *El Siglo XIX*, de la capital; Ildefonso Estrada y Zenea editó en distintas poblaciones *El Periquito*, *El Iris*, *La Aurora*, *La Esperanza*, etc., dió á luz su *Diccionario de los niños* y estableció en Campeche una academia literaria y artística y el Colegio *El Porvenir*; José Martí, el Apóstol, fué director de *La Revista Universal*, conferencista en el Liceo Hidalgo, diputado por Chihuahua al Congreso de Obreros, dramaturgo y orador de fama; Antenor Lescano fundó, mediante una subvención del Gobierno, la revista agronómica *El Cultivador*, é hizo imprimir un tomo de versos y aparecer producciones suyas en *El Eco de Ambos Mundos* y *La Ópera;* Andrés Clemente Vázquez publicó, en los primeros tiempos, el papel ajedrecista *La Estrategia*, y artículos en el *Diario Oficial;* Miguel Quesada fundó *El Correo de los Niños;* Alfredo Torroella, tan loado por Ignacio Manuel Altamirano y Juan de Dios Peza, estrenó en el Gran Teatro Nacional la noche del 26 de Abril de 1870, su drama en tres actos *El Mulato*, obtuvo el nombramiento de administrador de una aduana y colaboró en *El Federalista*, para el cual traducía Máximo Du-Bouchet; Gonzalo Peoli, que compuso una gramática, y Blas López Pérez dirigieron sendas escuelas municipales; Nicolás Azcárate escribía en 1876 en *El Eco de Ambos Mundos* y después en *La Colonia Española*, de Adolfo Llanos Alcaráz; Pedro Catalá era Juez de Mazatlan mientras Ramón de Armas y Carmona cumplía en Tulda con las obligaciones inherentes al propio cargo; José Victoriano Betancourt, en fin, enalteció la judicatura en Tuxpan y Casamaluapa.

Designado en 1871 Juez de Primera Instancia de Tuxpan, Betancourt no supo sino captar para sí, con la austeridad de su conducta, la respetuosa estimación del vecindario. Por eso, al trasladarse dos años más tarde á Casamaluapa, sólo

hubo frases para deplorar su ausencia. Y aconteció otro tanto en el último lugar citado, sin embargo de lo corto de su permanencia, pues en 1874 renunció á continuar en el ejercicio de aquel alto empleo. Estaba su salud resentida del peso de la edad, de los inmensos trastornos en que figuró como factor importante y de la separación de séres amadísimos, deliberadamente buscada con estóica abnegación y á despecho de las torturas morales á que se sometió.

CAPITULO XXIII

Ultimas composiciones.—Versos á Suzarte.—«Lamentos de un emigrado.»—Enfermedad.—Muerte.—Traslación de los restos á la Habana.

Quien prematuramente, apenas un adolescente, inició las tareas literarias que á través de nueve lustros ocuparon un no pequeño espacio en la lucha cotidiana, no se apartó de sus antiguas bellas aficiones al optar, de un lado la codicia y de otro la honra, por ésta, vinculada en la expatriación. Cultivaba José V. Betancourt en Méjico, en ratos que no quiso perder, los géneros á que se dedicó en Cuba; mas sólo se han conservado algunas poesías. Aceptable es la que llamó *Al Pico de Orizaba.* Emocionado ante la obra divina,

«Atalaya del seno mejicano,»

el vate se esfuerza en vislumbrar el origen de la montaña que guarda

«De la raza aborígene la historia.»

No logra pasar de conjeturas; proclama, empero, la magnificencia del gigantesco Orizaba, y añade este sonoro apóstrofe:

«Y con la veste del florido Mayo,
Adorno de tu eterna primavera,
Del sol que asoma en la azulada esfera
Tu cúspide recoge el primer rayo.»

Los versos patrióticos que allá escribió encierran valor es-

pecial. Si faltos de pulimento, son en verdad fiel exponente de los ideales que sustentaba con bizarría. Una muestra de ello hay en la humilde composición *Al ciudadano y mi muy querido amigo José Quintin Suzarte en su partida para Campeche.* Hela aquí:

«Ya te vas... ¡Adios! La suerte
Cobije con alas de oro
Ese espléndido tesoro
De amor que contigo va;
Alienten céfiros suaves
De tu nave el blanco lino,
Y ¡bien vengas! el Destino
Te diga halagüeño allá.
Nuestra amistad ¡flor hermosa!
Brotó en nuestra adolescencia;
Y aun guarda su rica esencia
El caliz del corazon.
De Cuba entrambos proscriptos
Por tierra extraña vagamos:
¡No me olvides! y sigamos
Nuestra amarga emigracion.»

El fundador de *El Siglo* atendió el ruego con que finalizan estos sencillos cuanto espontáneos versos. Y los viejos camaradas no tornaron á saludarse. ¿Por qué? Porque la desaparición eterna de Betancourt se aproximaba aceleradamente. Veíala ya triunfar de su existencia, cuando, en 1875, compuso *Lamentos de un emigrado.* A Córdoba, la heróica ciudad del país conquistado por Hernán Cortés, habíase retirado con la familia al dejar á Casamaluapa, y en Córdoba escribió sus *Lamentos*:

«Señor, Señor, el pájaro en su nido
Sabe do hallar el nutritivo grano,

Y yo, cruzando el mundo empedernido,
A tí te pido mi alimento en vano.
Yo llegué al Anahuac, planté mi tienda
Y en rededor volví mis tristes ojos;
Y encontré solo una erizada senda
Alfombrada de espinas y de abrojos.
Regué con sangre el áspero sendero,
Y cuando alguno me encontró en la vía
Murmuró entre los dientes:—Extranjero;
Y la faz luego con desden volvía.
Brotó el turbio raudal de la amargura
De las profundidades de mi pecho,
Pero abrasado por la fe más pura
Imploré al cielo en lágrimas deshecho.
El cielo sordo se mostró á mi ruego
Y me dejó entregado á mi destino;
Y yo, infeliz, desatinado y ciego,
Bañé con llanto el polvo del camino.
Porque la amarga y tormentosa duda
Viene á abatir el ánima apenada;
Lucharé fuerte con la suerte cruda,
De esperanza la luz no está eclipsada.
Ancho es el mundo, tiene muchas vías,
Yo pugnaré por encontrar sendero;
Y si burladas son las ansias mías,
La tumba ofrece el límite postrero.
¡Candorosa ilusion! cómo me engaña
Del alma mia el soberano aliento,
Cuando soy frágil como débil caña
A quien abate ráfaga de viento.»

¡Así sentía y así se expresaba semanas antes de fenecer! Acarreáronle en sus últimos años gran desazón padecimientos,

si no crueles, por lo menos contínuos. Recrudecidos lentamente, desde el invierno de 1874 necesitó de cuidados y preservativos que anunciaban su hora fatídica. Y, sin duda, pensando con Volney que el sepulcro ofrece consuelo y asilo al infeliz, fué por lo que en *Lamentos de un emigrado* confiaba en alcanzar siquiera tan piadosa merced.

Uníanse á los desvelos de la esposa y prole suyas el interés de su facultativo, el Doctor Cutberto Peña. A las múltiples atenciones que le eran prodigadas, el paciente correspondía indefectiblemente con muestras de gratitud infinita. Observóse, ora al principio de su postración, ora al tomar ésta caracteres tristísimos, ora en la algidez precursora de la muerte, la misma ecuanimidad, la misma templanza, el mismo tierno afecto que había él poseido en sus épocas dichosas. Pero apareció el momento en que todo resulta ineficaz, y José V. Betancourt expiraba á las siete y media de la mañana del 16 de Marzo de 1875.

En aquellos días de abrumador infortunio para un hogar cubano, almas amigas corrieron presurosas á compartir el duelo motivado por tamaña ruina. José María Faura y Antonio González Troncoso, deudos del caido, y Ramón Medrano, camagüeyano domiciliado en Córdoba, estuvieron dignamente acompañados á rodear el lecho mortuorio y conducir los caros despojos hasta el nicho número 28 de la necrópolis de la ciudad mejicana.

A solicitud de Luis F. González, se concedió el 18 de Septiembre de 1886 permiso para exhumar los restos de Betancourt. Inmediatamente fueron trasladados á la Habana y llevados al panteón de María del Tránsito Betancourt, en el Cementerio de Colón. Yacen, á partir de entonces, junto á las cenizas de Anacleto Bermúdez las de José Victoriano Betancourt.

Volvió de tal modo á la tierra de sus amores el buen patricio. Seguía el país bajo el régimen secular, y quedaba aún mucho de lo que satirizó. Las aspiraciones que con vehemencia extraordinaria acarició serían al cabo satisfechas por procedimientos análogos á los que él aconsejaba, fijo el pensamiento en Cuba, á cuyas bienandanzas consagró los mejores y más dulces afanes de su vida.

Los antecedentes de ésta aquí reunidos, bastarán á mostrar la altura moral de Betancourt. Su nombre será siempre justamente recordado por cuantos abriguen intenciones tan generosas como las que le movieron durante toda su existencia, y procuren realizar obras semejantes á aquellas á que supo entregarse para honra suya y de su patria.

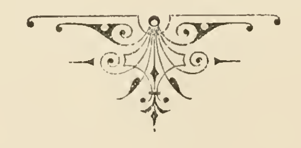


TABLA METÓDICA

E

F

G

H

I

J

L



OBRAS DEL MISMO AUTOR

Tranquilino Sandalio de Noda, por Emeterio S. Santovenia (*M. Terio*). Habana, Imp. Cubana, 1910. 16°, 27 p. . . . . $ 0.30

Cirilo Villaverde, por Emeterio S. Santovenia (*M. Terio*). Habana, Imp. Cubana, 1911. 16°, 30 p., retrato y autógrafo . . . . ,, 0.30

José Victoriano Betancourt. Estudio biográfico, por Emeterio S. Santovenia (*M. Terio*). Habana, Imp. "La Universal," 1912. 8°, IX–70 p., retrato y autógrafo. . . . . ,, 0.60

Se venden en la librería de Solloso, Obispo número 52, Habana, y los precios son en plata española.




PQ
7389 Santovenia y
B46Z5s Echaide -
José Victoriano
Betancourt.
DEMCO 234N
3 1158 00230 7857
UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 643 937 6
PQ
7389
B46Z5s

